

Complementan esta publicación 51 fotografías donde se aprecian diversos aspectos derivados de los diferentes estudios que se incluyen aquí: actividades cotidianas como la construcción de casas de palma, la pesca, la alfarería y el tejido; diversos ritos y ceremonias; instrumentos musicales y objetos preciosos prehispánicos; danzas huastecas contemporáneas, y sitios arqueológicos, excavaciones y objetos varios localizados, como estatuillas, estelas, sepulturas y ofrendas. Muchas de ellas fueron tomadas por el propio autor; otras son obra de Jacques Stresser-Péan, de Claude Stresser-Péan, de Alain Ichon, Guérin-Desjardins, Yves Guidon, Bodil Christensen, De Lagarde y Jean-Pierre Courau. También se incluye un extraordinario dibujo de un penacho de volador huasteco, realizado por E. Gallois y un DVD que reproduce una filmación que Stresser-Péan hizo de la Danza del Volador y de la Danza Colorada en Tamaletom, comunidad huasteca de San Luis Potosí, en el año de 1953: una verdadera joya.

ROSA VIRGINIA SÁNCHEZ  
CENIDIM, INBA

Ángel G. Quintero Rivera. *Cuerpo y cultura: las músicas "mulatas" y la subversión del baile*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2009; 394 pp.

El profesor puertorriqueño Ángel Quintero es, desde hace décadas, uno de los investigadores en ciencias sociales —su campo se diría que se halla a mitad de camino entre la sociología y la antropología— más importantes de Hispanoamérica, en especial del área del Caribe. Sus libros relativos a la vida y a la mentalidad de las clases populares, a la religiosidad tradicional, a la transición de las culturas campesinas a las urbanas y, últimamente, al canto y al baile como conformadores de las identidades y de los imaginarios colectivos de los pueblos son referencias fundamentales en cada una de esas materias. Y trabajos de madurez como este que acaba de nacer asombran no solo por su solidez intelectual, sino también por la originalidad —casi ardorosamente juvenil— de sus enfoques y planteamientos. Ya que, casi tanto como libro de síntesis y culminación de muchos años de trabajo tiene mucho

de libro de apertura y exploración de horizontes nuevos y de instrumentos críticos no demasiado frecuentados (sobre todo por las ciencias humanas en español).

Hay un párrafo del libro (en las pp. 70-71) que resume y justifica muy bien la oportunidad, incluso la *necesidad*, que había de una obra como esta: “en la historia universal de la música, el último siglo ha sido, sin dudas, el siglo de la hegemonía de las músicas bailables de América. Entre los siglos XVII y XIX, la música elaborada europea — que ha venido a conocerse sencillamente como “música clásica” y a producirse cada vez más para ser escuchada pasivamente — experimentó un proceso tan extraordinario de desarrollo y enriquecimiento estético, que parecía que sus principios constitutivos se convertirían en la base universal de toda forma de expresión sonora, opacando otras tradiciones musicales a tal punto, que aparecían como condenadas a desaparecer o a *folklorizarse*. Es significativo que los desafíos más decisivos a la hegemonía absoluta de aquellas músicas y sus prácticas surgieran no desde otras tradiciones musicales, tampoco de los conflictos internos al centro de la modernidad europea, sino desde los márgenes de su propia extensión territorial, los márgenes americanos de lo que vino a llamarse Occidente. Del por décadas discriminado y marginalizado danzante mundo afroamericano (que es y no es — simultáneamente — Occidente) fueron constituyéndose unas prácticas y expresiones sonoras y corporales, analizadas aquí como *músicas mulatas*, que, incluso en tiempos de acelerada globalización, imposibilitaron la hegemonía previamente incuestionada de las prácticas sonoras de la “alta cultura” europea. A finales del siglo XIX, la afrocaribeña habanera (en sus vertientes de danza, maxixe, merengue y danzón); en la primera mitad del siglo XX, el jazz afroamericano y la samba afrobrasileña; y en la segunda mitad, los afronorteamericanos rock y hip-hop (prontamente internacionalizado, al haberse conformado en el seno del país americano que en los inicios de esa segunda mitad de siglo se convertía en el nuevo centro hegemónico de Occidente); pero también la bosanova brasileña, el pop *tropical* del *Miami sound*, el calypso, reggae, reggaetón, beginne, souk, salsa y jazz latino del Caribe, y las músicas “clásicas” sincopadas de Gershwin, Villalobos, Lecuona, Piazzola, Leo Brower y Ernesto Cordero, entre muchos otros, han tocado una fibra fundamental de la sensibilidad, no solo de los “naturales” de sus áreas de origen, sino

en general de muchas personas del mundo en este tiempo, arrojando incluso a los propios centros de la cultura occidental.

Dentro de este mundo tan abigarrado de voces y de cuerpos híbridos introduce Ángel Quintero su mirada crítica con el objetivo de traducir a discurso crítico racional y ordenado lo que la cotidianidad social y cultural celebra como una liturgia de lo irracional y lo desordenado. Difícil empeño, al alcance solo de alguien que – como él – conoce desde dentro esos mundos, está perfectamente al tanto de sus códigos internos, *sabe* y sobre todo *puede* cantar y bailar al son de esas músicas, que, por decirlo así, *ha mamado* desde antes de venir al mundo.

Además de haber nacido y vivido entre esas músicas y bailes, de tener una cabeza extraordinariamente bien ordenada y de ser capaz de traducir a concierto lo que es, en apariencia, bullicioso desconcierto, Ángel Quintero tiene una formación científica envidiable y conoce y cita a la perfección una bibliografía académica tan abrumadora como la que ocupa las treinta y cinco apretadas páginas finales del libro. El modo en que muy pedagógicamente dosifica y jerarquiza la información y en que pone el énfasis preciso sobre los (complejísimos) procesos de evolución y de hibridismo, sobre las fronteras y los puentes culturales, y la pericia con la que maneja – casi sin que nos demos cuenta – el instrumental más especializado de las ciencias sociológicas y antropológicas, ayuda a que el lector salga del libro con la impresión de que él también ha logrado, en muy buena medida, traducir a orden ese sonoro desorden.

Las páginas en que Ángel Quintero juega en su terreno más familiar, que es el de las músicas *mulatas* del Caribe, son deslumbrantes. En otros terrenos juega en desventaja, y algo se nota: el capítulo sobre los velorios (incluidos los velorios de niños) en que se canta y se baila como si de un sobrevenido carnaval se tratase ignora que en la vieja España hubo, hasta el siglo XIX, velorios de guitarra y baile, que en la Rusia del XIX el gran folclorista Alexandr N. Afanásiev había ya teorizado sobre los ritos carnavalescos que se asociaban a las mismas desgraciadas ocasiones, y que antes fue tradición de la Europa medieval cantar y bailar en velatorios y entierros. No son, pues, los cantos y las danzas de los velorios caribeños expresiones singulares de identidades singulares, sino fenómenos seguramente más complejos, en que las mezclas e hibridismos llegan de fuentes y por vías insospechadas.

Del mismo modo, las páginas que Quintero dedica a las *bombas*, uno de los bailes emblemáticos de la tradición de su propio país, son absolutamente memorables, pero habrían salido ganando si se hubiese hecho eco de la mediana popularidad del baile de *bombas* en España y en muchas otras tradiciones de toda América (donde a veces cambia de nombre, como cuando se metamorfosea, en Argentina, en danza de *relaciones*).

Las músicas y las danzas de África, el tercer ángulo, junto con el americano y el europeo, del vasto triángulo cultural que sería ideal delimitar y caracterizar en el horizonte de estas culturas mulatas tampoco quedan bien perfiladas en el libro de Ángel Quintero. Ni él, por supuesto, aspira a ello. Lógico. ¿Quién podría siquiera soñar con acometer un empeño así? ¿Quién sería capaz de encerrar no ya en un libro, sino en una enciclopedia, las tradiciones de música y baile de un continente geográfico y cultural absolutamente inabarcable, y ponerse a continuación a analizar sus entrelazamientos (que han sido innumerables y pluridireccionales) con los continentes que quedan al norte y al oeste? Y, sin embargo, ¡cuánto se echa de menos, y cuán clara es la conciencia que todos tenemos de que, sin conocer ese tercer pilar del edificio es imposible tener un conocimiento perfecto (ni siquiera bueno) de la arquitectura que descansa sobre él!

Finalicemos: *Cuerpo y cultura: las músicas "mulatas" y la subversión del baile* es, posiblemente, el libro más completo, sólido e importante que la sociología y la antropología modernas han logrado construir acerca del efervescente crisol de culturas y de identidades que es el Caribe. Quedan indudablemente, como asignaturas pendientes, la insistencia en la exploración de lazos con las tradiciones de Europa y de África. Pero es esa una labor que, si se lleva finalmente a cabo, comenzará a arrojar frutos apreciables (en el caso africano sobre todo) solo después de que se haya producido la suma de esfuerzos de varias tradiciones y de varias generaciones de estudiosos.

Mientras, el libro de Ángel Quintero quedará como modelo de curiosidad intelectual, de compromiso científico, de rigor académico. Y también de hermosa y clara edición.

JOSÉ MANUEL PEDROSA  
Universidad de Alcalá